

como nuestros enemigos no duermen ni descansan para hacernos mal; reprimid su furor y haced que se retiren de nosotros, y con vuestro santo y poderoso auxilio libradnos de todos los peligros.



CAPÍTULO XV

LOS PRÍNCIPES CELESTIALES: MIGUEL,
RAFAEL Y GABRIEL

I

HABLANDO San Gregorio de los tres príncipes celestiales, Miguel, Rafael y Gabriel, dice lo siguiente: Miguel es enviado por Dios Nuestro Señor, siempre que Su Majestad quiere hacer ostentación de su poder infinito, para que se entienda que sólo Dios puede realizar las maravillas del poder divino. Por esto, cuando el antiguo enemigo que por su soberbia quiso ser semejante al Altísimo, diciendo: subiré al cielo y asentaré mi trono sobre los astros del firmamento y seré semejante al Altísimo; cuando ese ángel caído, decimos, al llegar el fin del mundo, combata con el arcángel Miguel, éste otra vez confundirá al soberbio.

Respecto de Gabriel, dice lo siguiente: Él es llamado fortaleza de Dios; y Dios le envió á la

Purísima Virgen María para que le anunciase el misterio de la Encarnación. Venía á comunicar la venida de aquel Señor Altísimo que combatiría á las potestades de las tinieblas, no presentando la soberana majestad de su propia grandeza, sino la humildad de su carne.

El nombre Rafael se interpreta Medicina de Dios; porque tocando los ojos de Tobías le restituyó la vista (1).

Nuestra Madre la Iglesia hácenos concebir una idea, en verdad muy elevada, de la grandeza y de las singulares prerrogativas del arcángel Miguel. Al recordar la victoria de este príncipe sobre el ángel rebelde, nos dice estas palabras: Contra el campeón de la soberbia, sigamos al príncipe Miguel, para que del trono del Cordero se nos dé la corona de la gloria. También dice la Iglesia que al ver San Juan el misterio sagrado, el arcángel Miguel cantó diciendo con voz de trompeta: Perdona, oh Señor Dios Nuestro, tú que abres el libro y rompes sus sellos. Llama la Iglesia al gallardo y victorioso príncipe Prepósito del paraíso, á quien honran los ángeles, y le ruega que venga en auxilio del pueblo de Dios. - Este es el arcángel Miguel, príncipe de la milicia de los ángeles que derrama grandes beneficios sobre el mundo, y su oración conduce al reino de los cielos. Vino el arcángel Miguel con multitud de ángeles, y le entregó Dios las almas de los

(1) Hom. XXXIV, *In Evang.*

santos para que las lleve al paraíso celestial. A estas palabras añade la Iglesia las siguientes, que hallamos en Daniel: En aquel tiempo, se levantará el gran príncipe Miguel, que es el defensor de vuestros hijos, y vendrá un tiempo cual nunca se ha visto desde que comenzaron á existir las naciones hasta aquel día; y en aquel tiempo tu pueblo será salvo todo el que se hallase escrito en el libro de la vida.

El arcángel Miguel, sigue diciendo la Iglesia, es el nuncio de Dios en favor de las almas justas. Grandes encomios se han hecho de este príncipe sublime; fue valiente en el combate y alcanzó la victoria sobre sus enemigos. Cuando él peleaba con el dragón, se oyó esta voz: Salud al Dios nuestro; y Miguel fue constituido príncipe para recibir todas las almas.—Que venga, pues, á visitarnos ese ángel de paz, y arroje al infierno las guerras y discordias.

Como en otro tiempo la Sinagoga veneraba al arcángel San Miguel como custodio y patrón, así también ahora lo hace la Iglesia de Dios; porque ese gran príncipe es poderosísimo delante del Eterno, y como ángel de paz y de consuelo, y lleno como está de amor divino, rogará sin descanso por el pueblo de Dios; y ante ese príncipe huirán despavoridas las huestes infernales.

Contemplemos ahora las grandes virtudes y excelencias de este gloriosísimo príncipe de la milicia de los cielos.—Cuando en otro tiempo se escuchó allá en el cielo la voz de rebelión,

la voz del ángel soberbio que dijo así: Escalaré el cielo; levantaré mi trono sobre las estrellas de Dios; me sentaré sobre el monte del Testamento, al lado del Septentrión; sobrepujaré la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo (1), Miguel ponía sus miradas en su Dios querido, ese Dios que existe por sí mismo, eterno, inmutable, omnipotente; ese Dios que tiene en sí la vida, que es bondad infinita, que se había dignado sacarle de la nada, colmándole de gracias y enriqueciéndole de dones preciosísimos. Miguel se humilla delante de ese Dios tan grande y reconoce que su propia vida y cuanto tiene lo ha recibido de la bondad del Eterno, y lleno de santa gratitud le alaba y bendice y le consagra toda su existencia. Él es de Dios, y no hay en Miguel pensamiento alguno que le separe del Señor; él es de Dios y le ama con ternura inmensa; mas oye en ese instante la voz de los ángeles rebeldes, y aquel glorioso príncipe, que había descendido hasta el fondo de su propia nada delante del Señor, levántase luego y con voz de trueno, enardecido, exclama: ¿Quién como Dios? Y el celo de la gloria divina le abrasa en un instante. ¿Quién como ese Dios, eterno, inmenso, omnipotente, cuya bondad es infinita y que se ha dignado criarnos por su santa y adorable voluntad? Miguel se lanza al combate, y acompañado de

(1) Isa. XIV, 13, 14.

sus ángeles pelea contra el dragón, y éste, con sus ángeles, pelea también contra Miguel, que triunfa de los enemigos de su Dios, y los arroja del cielo para siempre. Así quedó abatido aquel dragón, aquella antigua serpiente que se llama Diablo y Satanás... y fue lanzado á la tierra lo mismo que sus ángeles.

La humildad de Miguel y su celo por la gloria del Señor: estas son las grandes virtudes con que quiso Dios enriquecer á ese príncipe que le es tan amado; mas tales virtudes no fueron las únicas con que Dios le adornó: ahí están la fortaleza y la constancia, la confianza en el divino auxilio, y, en una palabra, su ardiente y abrasada caridad.

La grandeza de este ilustre arcángel, dice un autor, se comprende en estos tres títulos: es á un mismo tiempo el príncipe de la corte celestial, el poderoso protector de los que le invocan y el temible enemigo de los malos... es un gran príncipe; nos lo manifiesta su mismo nombre, que significa la incomunicable perfección de Dios; nombre que no es una vana denominación, sino un título de triunfo y de gloria; nombre sublime que expresa todo el respeto y homenaje que la criatura debe tributar á su Criador; nombre glorioso y triunfante, que humilla el orgullo de los hombres después de haber abatido el de los ángeles rebeldes.

Cada ángel es sin duda un príncipe del cielo; Miguel es el más noble y elevado de todos; esto lo indica la Sagrada Escritura llamándole uno

de los primeros príncipes (1). Su valor le mereció el primer lugar entre los coros angelicales. Siendo el más próximo á Dios, recibe inmediatamente sus órdenes, y por su medio las reciben los ángeles inferiores. Él es quien los purifica, ilustra y perfecciona. El amor de los Serafines, las luces de los Querubines, la paz de los Tronos y todas las perfecciones de los demás coros, se hallan reunidas en Miguel... ¿Quién podrá formarse justa idea de este arcángel, que es mirado como la expresión más bella, como la rica imagen de la divinidad en las criaturas?

Colmado de dones y de privilegios, recibíó la gracia de sér superior para comunicar á los ángeles, sujetos á su autoridad, las órdenes del Eterno.

Este arcángel glorioso siempre pelea por nuestro bien y va constantemente delante de nosotros acompañado de sus ángeles. Es el ángel tutelar de la Iglesia... y si el demonio levanta contra ésta el poder de los Césares, el furor de los perseguidores, los sofismas de la falsa ciencia y la apostasía de los sectarios, Miguel, siempre al lado de la Iglesia, le alcanza en todos los combates la victoria, y él es el

(1) Unus, id est, primus: saepe hebraei numerum cardinalem capiunt pro ordinali... multi valde probabiliter censent Michaelem tm naturae, tum gratiae et gloriae dignitate, esse absolute primum et principem omnium omnino angelorum... ideoque primum inter Seraphines, sentit Basilius et alii. *Alapide in Daniele*, cap. X.

implacable enemigo de los impíos y soberbios, á quienes humilla y confunde con su celo vengador, al mismo tiempo que ampara y defiende á los que se ponen bajo la sombra de sus alas, pues tiene un celo fervoroso por la salud de los hombres, según decía el gran Francisco de Asís (1).

¡Oh gran Miguel! yo me humillo delante de vos y os invoco con tierna confianza. Purificadme y alumbrad mi entendimiento; reprimid el furor de todos mis enemigos; asistidme en los combates y obtenedme la victoria. Particularmente os invoco para la hora de mi muerte; tomad vuestras armas y venid á mi auxilio. Cubridme con el escudo de vuestra santa protección y conducidme después á la morada de la feliz eternidad.

II

Pongamos los ojos en el ya gloriosísimo príncipe Gabriel, del cual un profeta nos habla en estos términos: El día veinticuatro del primer mes estaba yo á la orilla del gran río Tigris, y levanté los ojos y vi un varón con un vestido de lino, y ceñidos los riñones con una faja de oro acendrado. Su cuerpo brillaba como el crisólito y su rostro como un relámpago, y como

(1) *In ejus vita*. Bonav. cap. IX.—M. Ferrer. *Los Santos Angeles*.

dos ardientes antorchas así eran sus ojos; sus brazos y el resto del cuerpo, hasta los pies, era parecido al bronce reluciente, y el sonido de sus palabras como el ruido de un gran gentío... Vi esta gran visión y quedé sin aliento, se demudó mi rostro y caí desmayado, perdidas todas las fuerzas. Oía el sonido de sus palabras, y yo entretanto yacía por tierra todo atónito, y mi rostro continuaba pegado al suelo. Cuando he aquí que una mano me tocó y me hizo levantar sobre mis rodillas y sobre las palmas de mis manos, y él me dijo: Daniel, varón de deseos, atiende á las palabras que yo te hablo y ponte en pie... no tienes que temer (1).

Este mismo arcángel se presentó en Nazaret á la Santísima Virgen Nuestra Señora, y la saludó con reverencia profundísima. María se turbó con las palabras que le fueron dirigidas por el celeste mensajero, mas él le dijo así: No temas, María, porque has hallado gracia delante del Señor.

He ahí á Gabriel: cuando tiene que hablar á un profeta, se le deja ver lleno de majestad y de grandeza é inspirándole un temor muy profundo. Mas ese ángel se dirige á una humilde doncellita, y el rostro del arcángel no fulgura con la luz aterradora del relámpago ni son sus ojos ardientes como el fuego, ni el sonido de sus palabras es estrepitoso como el ruido de un gran gentío, mas al contrario, llenas están de

(1) Dan. X, 4-12.

suavidad: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo... ¿Quién es esta niña, esta humilde y recatada Virgen que no vive en los palacios de los grandes sino en una pobre casita, Virgen que el mundo no conoce? Es la reina del ángel que le habla; Reina también del cielo y de la tierra; escogida de Dios, desde la misma eternidad, para Madre de su Verbo... Con razón, pues, Gabriel se inclina ante su Reina, y aguarda en actitud humilde que María diga una palabra, para volver con ésta al Dios que le ha mandado.

Las misiones que ha desempeñado el arcángel Gabriel nos enseñan con cuánta propiedad se llama Fortaleza de Dios, mensajero de las divinas misericordias, y, en fin, ángel de la Redención. Este ángel, dice San Bernardo, no es de aquellos que con frecuencia vienen al mundo por cualquier motivo. Esto se comprende fácilmente reflexionando que el nombre de Gabriel significa Fortaleza de Dios, y que Dios mismo, y no algún ángel, fue quien le envió; ó bien dícese que Dios le haya enviado para indicar que no reveló Su Majestad el consejo de su misericordia á ninguno de los espíritus celestiales antes que á la pusísima Virgen María, sino únicamente á Gabriel, que brillaba entre sus compañeros con tanta excelencia y grandeza, que fue digno de tal nombre y de traer á la tierra las alegres nuevas de la Encarnación.

El nombre de Gabriel y la misión que Dios le confió se hallan en la armonía más perfecta.

Jesucristo es la virtud de Dios, y por esto convenía que un ángel que lleva el mismo nombre le anunciase al mundo, si bien no es una misma la fortaleza de Dios y la del ángel. Jesucristo se llama la virtud de Dios, y lo es en efecto: venció con el poder de su brazo al fuerte armado que guardaba su casa, y le quitó todas sus armas. El ángel es llamado virtud de Dios por relación al que venía á anunciar, ó bien porque le era necesario fortalecer el corazón de la Virgen Santísima, por naturaleza tímida, sencilla y pudorosa; y así lo hizo diciéndola: No temas, María; porque has hallado gracia delante de Dios. Por esto Gabriel merece el nombre que lleva (1).

Este mismo arcángel se había presentado á Daniel anunciándole la venida del Hijo de Dios y diciéndole: Se han abreviado setenta semanas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, al fin de las cuales se acabará la prevaricación y tendrá fin el pecado, y quedará borrada la iniquidad, y vendrá la justicia perdurable, y se cumplirán la visión y la profecía, y será ungido el Santo de los Santos (2). Estas misericordias que anunció á Daniel, las descubrió de nuevo con mayor claridad á la Virgen Santísima al revelar le el misterio de la Encarnación, en el cual dejáronse ver la benignidad y la dulzura de Dios Nuestro Señor para con los hombres.

(1) Sup. Missus est.

(2) IX, 24.

Si contemplamos á Gabriel desde este punto de vista, comprenderemos desde luego el inmenso amor y la tierna gratitud que el mundo le debe. Dios ha remediado nuestros males, y abiertos han quedado para nosotros los tesoros de su bondad y de su gracia por el misterio de la Encarnación, y Gabriel ha intervenido en estos consejos de la divina misericordia, y se ha dejado ver como el depositario de los secretos del Eterno, quien, al confiarle una misión en que cifrada estaba la dicha de los hombres, puso en las manos del celestial mensajero esta misma suerte, si así podemos decirlo; mas él amaba al mundo y cumplirá fielmente, y en bien de los hombres, las órdenes del cielo. ¡Con cuánta dulzura, con qué insinuación tan suave y amorosa pronunció aquellas sus santísimas palabras: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres! y la humildísima Niña se turba. No temas, María, le dice Gabriel; has hallado gracia delante de Dios. He ahí el vivo interés que el enviado de Dios toma por nosotros, y el testimonio de su amor á los hombres. Tenemos, pues, que bendecirle y manifestarle con nuestro culto el amor y la gratitud que le debemos.

En el libro de Tobías se nos refiere la misión del ángel San Rafael. Dios le mandó para el bien del joven Tobías y de Sara. Además San Rafael volvió la vista al anciano Tobías.

El santo arcángel cumplió las órdenes que el Señor le había dado, con una solicitud admira-

ble y perfecta, y con una delicadeza, si así podemos llamarla, verdaderamente encantadora. Las palabras de Rafael llevan el sello de la dulzura y del amor, y él, siempre benévolo y solícito, derrama con largueza incomparable los beneficios de Dios Nuestro Señor sobre aquellas personas que Su Majestad le había encomendado. ¡Qué viaje tan hermoso el del ángel y de Tobías, y qué episodios tan interesantes! Recordemos uno que otro.

Han llegado los viajeros á la primera posada, que fue junto al río Tigris. Sale Tobías á lavarse los pies y un pez enorme amenaza devorarle. Tobías grita espavorido: Señor, el pez me embiste. Dícele el ángel: Tómale de las agallas y tíralo hacia tí; y el pez comenzó á palpar delante de Tobías.

El santo arcángel arregla el matrimonio de Tobías con Sara, calmando la turbación de Raquel, que temía sucediese con Tobías lo que había pasado con los anteriores esposos de Sara. No temas dársela, dijo el ángel á Raquel, porque á éste, que teme á Dios, es á quien debe darse tu hija por esposa.

Cuando el ángel y Tobías volvieron á la casa de éste, todo fue consuelo y alegría y bendición de Dios en aquella mansión honrada con la presencia de Rafael.—Cuando éste se despidió, lo hace con dulcísimas palabras: Bendecid al Dios del cielo y glorificadle delante de todos los vivientes, porque ha hecho brillar en vosotros su misericordia... El Señor me envió á

curarte á tí, y á libertar del demonio á Sara, esposa de tu hijo; porque yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor... mientras he estado con vosotros, ha sido por voluntad de Dios. Bendecidle y cantad sus alabanzas... Tiempo es ya de volver al que me envió: vosotros bendecid á Dios y anunciad todas sus maravillas.

La misión del arcángel Rafael no hace sino descubrirnos la providencia amorosísima que Dios tiene con sus hijos. ¡Qué consuelo tan grande para todos nosotros! Si clamamos á Dios Nuestro Señor con lágrimas y suspiros; si nos ocupamos en las obras de misericordia, Rafael presentará nuestras oraciones al Señor, quien no tardará en darnos alivio y consuelo en nuestras aflicciones. Ese ángel hermoso tan lleno de bondad y de ternura y tan inclinado á hacernos bien, rogará por nosotros. Siempre se halla delante del Señor, y no le son desconocidos nuestros males; acudamos, pues, á su santo patrocinio, y roguémosle que nos acompañe en todos los caminos de la vida, que nos aleje de todos los peligros y nos alcance, en fin, los bienes celestiales.

¡Oh Miguel, príncipe de los ejércitos de Dios, gloriosísimo entre los ángeles del cielo; oh Gabriel, ángel de la humana Redención; oh Rafael, medicina de Dios! cubridnos con las alas de vuestra protección amorosísima y sagrada, iluminadnos, dirigidnos, defendednos y rogad por nosotros al Señor.